

“Fué el preludio de lo que acontecería al presentarse la Penotti. Desde esta primera manifestación, el público no quitaba la vista de las galerías, donde la exaltación era mayor.

“La Compañía del Principal revelaba estar preparada para salvar á la Penotti del fracaso que se le auguraba por la acción cometida contra sus compatriotas; tenía una murga en galerías para que le tocara dianas y gentes que arrojaran ramos y flores.

“Además para evitar los desórdenes que pudieran producirse, recurrió al auxilio de la policía. Pero ni esto le valió: asomarse la Penotti en las tablas y estallar el alboroto del público, todo fué uno: ¡fuera!; ¡no! gritaban y silbaban, aullaban, mayaban, pitaban, trompeteaban.

“Pero entre todo aquel tumulto los aplausos también dominaban; oíanse las dianas de la murga de la galería y de la orquesta, y el coliseo entero ofrecía un espectáculo indescriptible.

“La Penotti, en aquella ovación de simpatía por un lado y rechia de disgusto por otro, dió muestras de admirable sangre fría; cantó el número sin inmutarse, desplegando el mismo arte que tanto se aplaudió y se elogió cuando se la veía en el teatro Arheu.

“Realmente, impúsose en la mayoría del público y la dominó, logrando con ello atenuar las hostiles manifestaciones que se le dirigían.

“En cuanto al desempeño de su papel, lo hizo como de costumbre en la parte artística, hablando muy mal el español y cantando en italiano, defectos que la parte de concurrencia que la aplaudía le perdonó, en vista de la gracia que la Penotti sabe emplear al representar sus papeles.

“Otros detalles curiosos ofreció esta función:

“La policía se sacó á la calle á una corista de galería, hasta dejarla en el arroyo, en medio del agua. Un francés tuvo que dejar su asiento de luneta á instancias de otro policía, que lo culpaba de tener un silbato de bicicleta. En el pasillo de palcos segundos otro de la reservada estuvo en un tris de ser descalabrado por su falta de prudencia al proceder contra tres españoles.

“Afuera estaba peor: aquello ardía, porque había una muchedumbre que tenía boleto de entrada y asiento, y no se le permitía entrar, porque decía la Empresa que ya no había lugar, que se habían agotado las localidades. Muchos, creyendo racional al empleado de la puerta, le enseñaban el boleto y el número del asiento, y contestaba:

“—No se permite la entrada á ninguno porque ya no hay localidades.

“Se recurría á los oficiales de policía, y estos tenían más dura la mollera, porque hacían que sus subordinados levantaran el garrote para dar la razón.

“Hubo un momento en que los que tenían derecho á entrar y no se les dejaba, aun á media función, se arrojaron en pelotón compacto sobre las rejas del lado de la entrada, hicieron retroceder á los gendarmes, rompieron furiosos los barrotes y se hicieron justicia ganando el patio. El Gral. Carballeda puso fin á este ímpetu, bien justificado por la torpeza de orden de prohibición de entrada, habiendo comprado boleto y asiento numerado y palco.

“Rechazada esa avalancha, el público se fué por el lado de salida y desherró y astilló una puerta, escabulléndose algunos por ella. Los gendarmes marcaban el alto á garrotazos. A uno que quería secundar se le hizo esta observación:

“—Yo he estado en París y en una función, en Folies Bergeres, la Empresa dió órdenes de que ya no se permitiera entrar á uno más. Me presenté, no me dejó pasar el boleterio; entonces enseñé al policía un boleto, y apenas lo vió, me dejó que entrara, á pesar de la prohibición de la Empresa, porque á ello tenía derecho. “Yo estoy aquí—me dijo—para proteger al público que paga y ocupó el lugar del boleterio para que la Empresa cumpliera sus compromisos.”

“Una persona conocida había salido en un entreacto, y se encontró con que ya no le permitían el paso.

“—Pero, si tengo palco—dijo.

“—Aunque tenga vd. la galería entera.

“—Pues, entonces que se me devuelva mi dinero.

“—Retírese, porque hay orden terminante de que no entre nadie.

“En los otros actos de *Doña Juanita*, la Penotti tuvo igual suerte que en el primero: aplausos por un lado y ceceos por otro; pero éstos ya menos numerosos que aquellos.

“La policía no pudo aprehender á ningún otro espectador, después del primer acto, porque el público se oponía abiertamente.

“Cogida del brazo de un empleado de la policía salió la Penotti, pasando entre una valla de personas que no tenían más objeto que darle una silba de despedida, más tremenda que las de adentro. La siguieron hasta su casa en el callejón de Santa Clara, en donde los gendarmes resguardaron el portón.

“Tal fué, en general, el resultado de esa ruidosa función que debe dejar profundos recuerdos en los anales del teatro.

“Para concluir, sólo nos resta manifestar el deseo de que termine ya la excitación entre público y artistas, y que se restablezca la tranquilidad tan hondamente turbada.

“Ha aceptado el público á la Penotti en el teatro Principal y es de creerse que en lo de adelante no habrá necesidad de consignar hechos como los que han quedado referidos.”

Por su parte otro periódico, *El Siglo Veinte*, dijo del éxito de esa función:

“Fuera de estos escandalosos incidentes, la representación, en su parte artística, nada tuvo de particular.

“La Penotti cantó en italiano y habló un español mascullado, que sea dicho con verdad, no cayó en gracia.

“Fué aplaudida en varios pasajes por la gracia con que los desempeñó; y en otros hubo muchas señoras que tuvieron que separar sus miradas del palco escénico. ¿Por qué? Por razones que á estas horas y en el poco espacio que nos queda, sería difícil explicar.

“Realmente, y con la misma franqueza que nos ha guiado en nuestra crónica, manifestaremos que poca diferencia hay entre la *Doña Juana* que hizo la Penotti y la que con tanto donaire y verdadero saero español ha cantado Cecilia Delgado.

“Con la ventaja para esta última artista de tener mejor voz, de hablar en castellano puro y vestir con más elegancia que la Penotti.

“Esta no pudo lucir en el Teatro Principal como en Arbeu, porque le faltaba el cuadro que le hacía la Compañía de Opereta Italiana.

“Ni vestuario, ni decoraciones, ni coristas, ni nada, podría compararse con los otros: hé aquí la razón por la cual el tercer acto pasó inadvertido, y la concurrencia se marchó sin despedirse con un aplauso siquiera, de la artista que tanto ha dado que decir en estos días.”

En efecto, la Penotti se impuso al público como dijo *El Universal* aunque sin explicar á qué clase de público: en honor de la parte sana de éste, á nosotros nos toca decir que el público que admitió esa imposición no fué el que engalana los grandes espectáculos embelleciéndolos con la presencia de sus familias distinguidas, sino el público *tandista*, el público *sui generis de las tandas*, formado por los pollos despreocupados y los gallos corridos que van á las funciones por actos, á reír y á chacotear, sin pedir nada artístico, sin exigir ni que el actor sea actor, ni el cantante sea cantante: el público *de tandas*, y entiéndase que sólo hablamos de su parte escogida, fórmase en México de la juventud dorada y de la madurez que las canas platean, que vemos ceremoniosa y correcta en la Opera y Compañías serias, respetando todas las formas sociales para no desmerecer ante los ojos de las señoras; pero que á la vez nunca falta en la broma y en el escándalo de un teatro *por tandas*, ganosa de sacudirse de la etiqueta y refrigerar la sangre ardiente. Por eso Pina Penotti, que no llevó gente al Gran Teatro ni en él fué aplaudida, arrastró concurrencia y aplausos en *las tandas* de Arbeu y en *las tandas* del Principal. El público serio é inteligente no hubiese aplaudido, como aplaudió en la noche del 10 de Agosto memorable, *pasajes en que*, según *El Siglo Veinte*, muchas señoras tuvieron que separar sus miradas del palco escénico, si en vez de encontrarse en *las tandas* del Principal, hubiérase encontrado en un espectáculo de primer orden. El público serio no

habría consentido jamás que un artista se le presentase á declamar sin conocer ni el idioma ni el valor de las palabras en que y con que había de expresarse, no en una función suelta y que pudiese tomarse á broma, sino en una temporada corrida y regular. Recuérdese, porque aun viven muchas personas que lo presenciaron, y porque en este libro consta, cómo recibió el público á la actriz María di Prato, cuando sin saber el castellano quiso declamar en nuestro idioma: recuérdese con cuántas dificultades hubo de luchar la cantante italiana, la Marchetti cuando quiso ingresar en nuestras compañías de zarzuela, y eso que poquísimas zarzuelistas han llevado nunca á ese género una voz y un arte como los que la Marchetti poseía. El artista que sólo se haya hecho aplaudir en *tandas*, no puede vanagloriarse de haber sido aplaudido en México. Es necesario repetirlo, para conocimiento de quienes no hayan visitado nunca nuestro país y para instrucción de los que, andando los años, estudien nuestros sucesos de hoy: el público de *tandas* es enteramente distinto y diferente del público de nuestros espectáculos serios y verdaderamente artísticos.

Ahora bien, como empresarios-negociantes no puede negarse que los hermanos Arcaraz con la adquisición de Pina Penotti pusieron, como se dice, *una pica en Flandes*. Su medio vacío teatro hasta entonces, se vió desde ese momento lleno de bote en bote. Bastó anunciar que la Penotti cantaría *la Paloma*, para que las localidades se agotasen. El cronista de *El Teatro Cómico*, decía á este propósito: “*La Paloma* sí está buena para hacer brincar á los concurrentes: hasta cinco veces hubo de cantarla Pina la noche del domingo. El martes último el antiguo Coliseo tuvo dos llenos á reventar en la tarde y en la noche: púsose la *Gran Via* desempeñando la Penotti la parte de *Menegilda*: la *Gran Via* fué mutilada horriblemente, pero la *Menegilda* de la Pina fué el verdadero atractivo: la ovación fué ruidosa cuando la Penotti se presentó á cantar aquello de “*Yo non sé, come fué. . .*” al oír esto el público se entusiasmó y la célebre tiple tuvo que repetir el número. Pina es actualmente la artista á la moda, y todo contribuye á rodearla de una atmósfera de celebridad pasajera: los que no la han visto nunca, quieren conocerla, los que ya la han visto buscan la manera de reírse con aquel estropeo del idioma de Cervantes que con toda impunidad y aplauso lleva á cabo la graciosa italiana. En la *Mascota*, por ejemplo, Pina hizo reír ella sola, más que Cires, la Monjardín y Vargas, y la Padilla y Quijada: parte en *toscano* y parte en español, se hizo comprender bien, quitando del libreto, suprimiendo las frases largas, sustituyéndolas con algo de su propia cosecha. Pina recargó alguna que otra frase de interpretación equívoca, debido, según se comprende, más á ignorancia del idioma que á malicia: fuera bueno, sin embargo, que la dirección de escena evitase que algún día suelte alguna palabra que lastime los oídos de las

señoras. . . .” Allí, necesario es repetirlo á todas horas y en todos los tonos, no se iba en busca del arte, sino de *juerga* y de *bromazo*: veíase lo que el cronista del *Monitor* decía á mediados de Agosto: “El Teatro Principal exhibe á Pina Penotti una noche sí y otra también. *Doña Juanita*, *En busca de Felicidad* y *La Mascota*, son hasta ahora las tres operetas en las que la *donna brillante* hace sus apariciones escénicas. Cada día escarabajea más la lengua que hablamos: no adelanta en sus estudios lingüísticos, no le da á la bola, pero sigue cayendo en gracia con sus disparates italo-mexicanos. En cambio retoza sobre la escena como si estuviera en su casa; la otra noche le he visto retorcer las narices del tenor cómico, como quien temple un bandolón; la he visto *casarle* un pellizco y *zurrrarle* un cachete, que el público aplaudió con tal furor, como si hubiese sido la nota más bien emitida. Excelente é inmejorable *Juan Diego!*”

Todo era propio de las *tandas*, que son el *non plus ultra* del rebajamiento del arte. En las que en Arbeu daba, allá cuando podía, la desorganizada Compañía Italiana, no dejaba de suceder algo por el estilo: el jueves 24 de Agosto los ex-pensionistas de los Verona dieron allí *Doña Juanita*, cantando Enriqueta Ors el papel de la protagonista, “en *pendant*, habla el *Monitor*, con Pina Penotti, es decir, cantando ella en español y los demás en italiano; y salió una monserga que no dejaba de tener chiste, pues hablaba la Ors en puro idioma de Cervantes y sus interlocutores le contestaban en la lengua de Bocaccio: alguna vez soltaba una palabra ó dos en italiano, y entonces el público aplaudía admirado, entusiasmado, alterado, embobado: y fué muy aplaudida aquella *Doña Juanita*, y le arrojaron flores y le pidieron *bis*.” En otra función á beneficio del cuerpo de coros, los italianos aquellos dieron la *Gran Via* con los *sexos trocados*, como se dice en *argot* teatral. Y aquí dejo hablar al *Teatro Cómico*: “Qué entusiasmo el del sábado! No hubo un solo número que no fuera repetido á instancias del público. A *las Ratas* se les ocurrió presentarse de sombrero ancho, tilma al hombro, chaquetilla roja y pantalón á rayas azules: esto arrancó el aplauso. Las mujeres con pantalones estaban pasables, pero no así los hombres con faldas. El público aplaudió estas payasadas, es cierto; pero es porque muchos tienen estragado el gusto. Hemos llegado á la prostitución del buen gusto y á la degeneración del arte.”

Esta exclamación de los redactores del *Teatro Cómico*, acreditado y único semanario de espectáculos en ese entonces, está perfectamente justificada, no con mi opinión particular que hago á un lado humildemente, sino con lo que voy á referir.

El periódico de la prensa *grande y diaria*, llamado “*La Raza Latina*,” en su núm. 58 de su segunda época, correspondiente al viernes 8 de Setiembre del año de 1893, dijo lo que sigue y copio á la letra:

“La famosa Pina Penotti, continúa siendo el gran atractivo del Teatro Principal. Sus adversarios, por más que han trabajado para citarle el odio ó cuando menos la indiferencia del público, han sido derrotados por completo. Censuran los enemigos de la Penotti la desenvoltura de esta artista, pero la verdad es que Pina Penotti no hace otra cosa que dominar las tablas de una manera absoluta, y como al teatro no se va en busca de recato ni á admirar el pudor ó la candidez de una monja, no tienen razón los críticos de la tiple italiana. Esta conducta poco noble creemos que no les dará tampoco resultado, y opinamos de esta manera porque el buen criterio rechazará estos ardidés de mala fe. Pina Penotti ha sido contratada nuevamente. . . . porque en la Compañía que trabaja actualmente en el Teatro Principal, Pina Penotti es un contingente considerable. . . .”

Este párrafo dictó á *La Patria* del domingo 10 de Setiembre, el que también copio en seguida:

“*La Penotti*.—El jueves de esta semana salió el público que asistió á *Mascota*, en el Teatro Principal, muy disgustado de la *artista* cuyo nombre sirve de rubro á este párrafo.

“En una pequeña reunión de caballeros y señoras de juicio y de buen gusto en asuntos teatrales, oímos una crítica terrible, pero muy razonada, de las acciones de aquella dama y de su deficiente manera de vestir.

“Señálanla como persona que se preocupa únicamente de contentar las exigencias libres del *cócara*, y demuéstrese que está lejos de ser una verdadera artista; pero hay algún periódico que no teme asentar este principio: *al teatro no se va en busca de recato ni á admirar el pudor ó la candidez*,—y delante de tan moralizadoras doctrinas ¡canario! ¿qué vamos á hacerle?

“Ya lo saben ustedes, por si quisieran que sus familias disfruten de espectáculos que recreen el espíritu á la vez que lo ilustren y lo eleven: *no se va en busca de recato ni á admirar el pudor ó la candidez*. ¿A qué se va entonces? á contemplar á la Penotti.

“La empresa Arcaraz sabe pagar bien la *regeneración* del teatro.”

Realmente, nos sería imposible decir cuánta es la perversión del gusto del público en la actualidad, con mayor elocuencia que lo dice el párrafo tomado de *La Raza Latina*.